

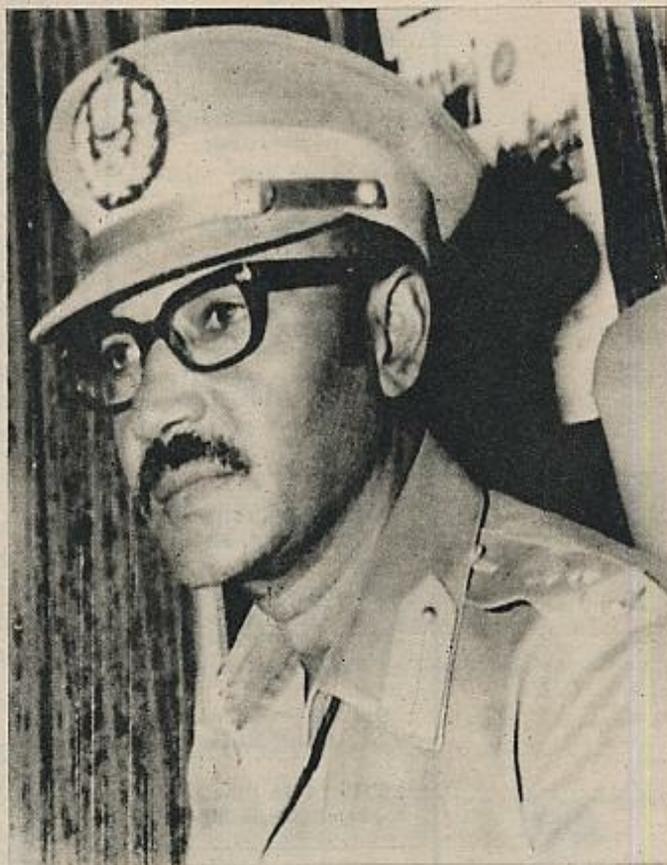
REVOLUCION Y SANGRE

LAS bombas de los católicos Irlandeses en las ciudades británicas, los prisioneros etíopes fusilados sin juicio en Addis-Abeba, son hechos de una misma catadura, que empañan y tñen causas que, por otro lado, son tan justas como la liberación de una minoría oprimida y colonizada desde hace siglos y el establecimiento de unas libertades fundamentales por parte de un pueblo que vive bajo una tiranía cruel desde hace dos mil años. Esta objeción o esta repugnancia por unos métodos es algo más que un simple moralismo, surgido de una moral precisamente implantada y sostenida por los grupos de poder que ejercen las situaciones injustas. Podría responderse a ella con los datos de que, hurtándose a las normas de esa moral de hipocresía, las víctimas han ejercido otra clase de violencia invisible mucho más dura aún y más mortífera. El precio de la colonización británica en el Ulster (que no otra cosa es lo que está debajo del disfraz de guerra de religión: los protestantes pertenecen a la nación dominante, y ejercen aún su dominio sobre los católicos, como miembros de la nación oprimida) ha sido lo que se viene llamando una violencia estructural. La simple diferencia estadística entre los años de vida media de un católico del Ulster y la de un protestante nos arrojaría un saldo negativo en unidades de año-vida, cuyo saldo glacial es infinitamente superior a los de todas las bombas que los irlandeses pudieran arrojar en las ciudades británicas durante cientos de años. En cuanto a los etíopes fusilados, sus biografías les muestran como responsables de la pérdida de millares de vidas humanas solamente en la desatención a las víctimas de la sequía y en la corrupción al administrar los fondos de ayuda enviados por el extranjero. No son, por lo tanto, razones morales, ni saldos estadísticos, los que nos pueden incorporar al sentimentalismo sin profundidad con que se examinan estos acontecimientos y otros con los que se mide lo que viene a llamarse, con un término equivoco y sin duda manipulado, «la violencia de nuestro tiempo»; se pueden reprobar desde la misma óptica, compartiendo los mismos motivos de alzamiento que los grupos que las han ejecutado. Como está haciendo la Organización de Liberación de Palestina con la prisión y juicio de veintiséis personas, acusadas de realizar, participar o ser cómplices en el secuestro de un avión en Túnez que costó la vida de un rehén.

LA óptica con que desde esta posición puede verse como error y como crimen el ejercicio de la violencia, es precisamente el orgullo que pueda tener la opinión mundial de tendencias libertadoras —o izquierdistas, en un contenido muy general—, tras dos cambios políticos de extrema importancia, realizados sin derramamiento de sangre, respondiendo a la violencia estructural con un verdadero sentido de la recuperación del equilibrio político, como han sido las revoluciones de Portugal y de Grecia (sin homologar su contenido o la forma de su camino hacia la democracia, que resultan por ahora bastante distintos), sobre todo en contraposición con un movimiento de signo contrario, de carácter contrarrevolucionario, como el de Chile. La simultaneidad de aquellos dos sucesos y su proximidad en el tiempo con el tercero, con el de Chile, nos han permitido creer que lo que hasta ahora se estaba haciendo con costosos baños de sangre —las revoluciones—, que siempre engendraban situaciones de tensión, que podían durar muchos años, muchísimos años, había cambiado ya de manera de producirse. Otros acontecimientos más lejanos en el tiempo, pero también simultáneos entre sí, daban su precedente: el carácter incruento de la revolución francesa de mayo de 1968 y de su represión —revolución tan trascendental en muchos órdenes, que posiblemente el tejido doctrinal que se realizó en ella esté informando ahora la formación de la unidad en la

izquierda francesa y la acción que se está conduciendo por la vía sindical contra un gobierno de minorías ricas—, el carácter igualmente incruento del experimento checoslovaco de un nuevo socialismo, y el de su represión por parte soviética, que, si bien tuvo el carácter de una amenaza de fuerza —los tanques en las calles de Checoslovaquia—, tampoco produjo sangre ni obligó a represalias: los políticos responsables de la situación que resultó perdedora no fueron nunca encarcelados, y algunos de ellos han continuado ejerciendo su función —como el presidente Svoboda—.

PODRIA sospecharse que hay un pacto tácito entre revolución y represión en el mundo de hoy, de manera de hacerse el menor daño posible en su enfrentamiento. Es algo más que eso. La izquierda ha encontrado, o ha parecido encontrar, una vía de aproximación al poder, que no es la de la violencia directa sobre las vidas humanas. Mirándolo con frialdad, puede considerarse como una táctica: la de salirse de un enfrentamiento de fuerza o de armas, en la que están en



Las bombas de los terroristas Irlandeses en las ciudades británicas, y los prisioneros etíopes fusilados sin juicio en Addis-Abeba son hechos de la misma catadura que empañan causas, sin embargo, justas. En la foto, el nuevo hombre fuerte de Etiopía, brigadier Tefarri Benti.



Aspecto de uno de los dos «pubs» de Birmingham que fueron objeto de sangrientos atentados por parte de los terroristas irlandeses el 21 del pasado noviembre.

condiciones de inferioridad, para hacer la revolución por otros medios. Las grandes revoluciones triunfantes de este siglo —la de Rusia, la de China, la de Cuba—, hechas por vía de violencia, han producido en el poder reflejos de defensa que las hacen imposibles. El crecimiento de las policías políticas y de sus medios, la conversión en los ejércitos en órganos de lucha antisubversiva, los sistemas de información, infiltración y control, hacen que esas revoluciones sean irrepetibles. En Latinoamérica lo saben bien los que han querido imitar la revolución cubana en otros países, y han fracasado: un modelo de revolución engendra automáticamente un modelo de contrarrevolución adecuado, que la hace irrepetible. No ha habido más Sierras Maestras en toda Latinoamérica, y aún la casi infalible eficacia de los tupamaros ha ido a desembocar en su casi total exterminio y en el establecimiento de un régimen contrarrevolucionario que cada día se endurece más.

Si fuese solamente una cuestión de táctica esta manera de hacer revoluciones, tendría solamente un interés para estudiosos o teóricos. Puede creerse que hay algo mucho más importante, y es el nuevo concepto de respeto a la vida humana y a la necesidad de establecer regímenes sobre este concepto. La idea de respeto a la vida humana en los cambios políticos es muy reciente, a pesar de la antigua información cristiana en ese sentido, pocas veces compartida por los propios cristianos (y lo son los católicos del IRA, como los militares etíopes que han matado a los antiguos gobernantes). Es tan reciente como la condena y el desprestigio de las guerras como dirimientes de situaciones insostenibles. Pocas personas, pocas instituciones, mantienen hoy las doctrinas de «guerra justa», y hasta el cambio de nombre de los Ministerios de la Guerra —que duraron con él hasta muy entrado el siglo— por el de Ministerios de Defensa indican ya una variación entera del concepto. La idea de desarme es de principios de siglo: hasta entonces, carecía de sentido.

El hecho revolucionario, que hasta ahora atemorizaba o repugnaba a muchas personas, temerosas de que una injusticia sucediera a otra; un terror desconocido a uno conocido, tiene, después de Portugal y de Grecia, nuevas posibilidades. El suceso de Chile, de la toma de posesión de la izquierda, presidida por Allende, sin derramamiento de sangre y sin cambiar los preceptos constitucionales y su uso (la alegación de los contrarrevolucionarios acerca de las violaciones allendistas nunca puede ser tomada en consideración para quienes hayan seguido de verdad los acontecimientos de ese país) fue uno de los hitos, quizá

el más significativo, de esta nueva manera de desalojar poderes minoritarios que parecían rodeados de fuerza. La represión posterior a su caída tiene un valor de lenguaje, que va más allá que la simple venganza contrarrevolucionaria: el de demostrar que las revoluciones engendran sangre, aunque no lo quieran, aunque no esté en su propósito.

Por eso, las acusaciones específicas contra «la violencia de nuestro tiempo» tienen un carácter de manipulación. A pesar de los palestinos, de los irlandeses o de los etíopes, a pesar de la banda Baader-Meinhof de Alemania Occidental —a cuyo proceso se está dando el carácter de máxima propaganda—, nuestro tiempo es probablemente el menos violento que haya conocido, la historia nunca, desde los diez mil años de inventario de que disponemos. Estas alusiones a la violencia sirven para aumentar la violencia estructural, como ha sucedido en Gran Bretaña con la nueva ley Jenkins, que ha permitido la torsión de la constitución británica hasta límites nunca conocidos. El propio Jenkins ha convenido en que los nuevos poderes son «draconianos» y que no tienen precedentes en tiempos de paz, hasta el punto de que muchas personas estiman que pueden hacer mucho más daño a la Inglaterra que conocemos y sus instituciones que el que han hecho las bombas y el terror irlandés (que, en suma total, es de unos cincuenta muertos en un plazo de cuatro años). Puede ocurrir, como el propio Jenkins y el gobierno laborista admiten ya, que no sirvan para acabar con el terrorismo, aunque puedan refrenarlo de alguna manera. Pero el hecho de que por primera vez Inglaterra prohíba legalmente la existencia de un partido político, el de que quizá se restablezca la pena de muerte (el debate para ello comenzará este mes de diciembre en los Comunes) pueden acabar con una imagen acreditada de la democracia británica, ya muy menoscabada en los últimos tiempos.

La revolución allendista en Chile, aunque su final haya sido trágico; las revoluciones antifascistas de Portugal y Grecia, aunque su futuro esté comprometido, aparecen en contraposición con los sistemas de violencia de otros grupos libertadores, sean palestinos o irlandeses. Por encima de cuestiones de ética, o de moral, o de sentimentalismo —y sin dejar de considerar en todo su valor estos elementos—, deben considerarse como una cuestión de métodos y de eficacia, y como la posibilidad de instaurar de verdad un orden nuevo, que, sin tener tras de sí montones de cadáveres, puede ser más viable y más perdurable, más justo, menos defensivo y con mayor capacidad para instaurar sus nuevos principios humanistas.